

Formas de saqueo

ANTONIO LUCAS



MANUEL MARÍA MESEGUER



Las guerras tienen un sorprendente parecido con los terremotos. Tanto acobarda el primer temblor como sus réplicas. A la destrucción brutal que los aliados y los nativos han provocado en Irak –casi todas las infraestructuras del país, menos las del petróleo, claro, han quedado devastadas– se suma ahora el pillaje, el saqueo, el sálvese quien pueda, el *maricón el último* y la guerra de guerrillas en las ciudades tomadas por el miedo, el desamparo, la incertidumbre y esa mezcla de odio y sospecha que trae la *salvación* cuando nadie la ha solicitado. Ahí están –estamos– lanzando desde los medios de comunicación las imágenes perversas de unas ciudades desnortadas, entregadas a sus más bajos impulsos mientras los pacificadores –*marines* y demás calaña bélica– se encienden un pitillo, claquean una lata de *Coca Cola* y miran hacia las cañerías del fuel, que es a lo que han venido y de lo que aquí se trata. En definitiva, los irakíes parecen, en nuestros periódicos y televisiones, perros de presa chapoteando en el lodo de una libertad que se les olvidó hace mucho tiempo en qué consistía.

Esta es una de las muchas estrategias deformadoras de la información que se utilizan en las guerras. Hasta aquel mágico Museo Arqueológico de Bagdad, que atesoraba algunos de los más altos tesoros del esplendor antiguo del hombre, ha quedado reducido a un museo de los horrores, con las urnas vacías, las joyas y estatuas devoradas por manos furtivas, y las vasijas persas hechas cascotes o llanto de barro mudo por el suelo. Resulta desolador saber que la permisividad de los *nuevos señores de Irak*, de sus conquistadores, de sus colonizadores, está ribeteada de sofisticados trucos para extenuar a un país extenuado.

No nos vale con tener la información sobre la guerra controlada por el Pentágono. No nos vale con mirar estupefactos cómo un tanque de los aliados dispara con impunidad criminal contra el Hotel Palestine, donde se alojan los periodistas. No nos vale con saber que *Aznar* siente por protocolo –sólo por protocolo– la muerte de **Julio Anguita Parrado** y **José Couso**.

Los irakíes parecen, en nuestros periódicos y televisiones, perros de presa chapoteando en el lodo de una libertad que se les olvidó hace mucho tiempo en qué consistía

No nos vale con ver las ruinas de Bagdad para saber de su infinito dolor. No nos vale con saber que mientras **Bush** y **Blair** daban la orden de ataque jugaban al monopoly con un mapa de Irak, en el otro extremo del mundo. No nos vale saber que no existen las guerras rápidas, ni limpias,



JOSÉ IBARROLA

ni eficaces –como nos dijeron–, sino simplemente letales, como ésta. No nos vale, no. Ahora toca asistir, por *orden expresa* del Pentágono, a otro capítulo de: «Qué malos son los irakíes. Menos mal que hemos llegado». O sea, que a tragarse todas las imágenes del pillaje para reafirmar más a los espíritus famélicos de la necesidad de esta insultante locura inventada por USA.

Pero el problema no es el saqueo, sino cuáles van a ser los programas de estabilización de Irak que han pensado esos genios capaces de dinamitar el derecho internacional sin levantar polvo. Ellos son más listos, así que se llevarán el petróleo sin dar el canto, de un modo más creativo. Se me ocurre: comprando silencios. Es barato y muy efectivo. Y si andan escasos de ideas, que soliciten un máster rápido impartido por algunos jueces a la española con clases de refuerzo de *los Albertos*, que se escaquean de la cárcel a pesar de los 4.000 millones de pesetas de pufo que les ronda; de **Antonio Camacho**, el *triletero* de Gescartera, que también se toma unos días de vacaciones de la prisión; y de **José María Álvarez del Manzano**, alcalde de Madrid, que se le fue la mano a un bolsillo del Ayuntamiento para unas joyas y unos pasajes de avión para su santa.

Hay más, pero vamos a ceñirnos a la realidad más inmediata. Ya lo dijo **Rosendo**: «Veo, veo, mamoneo».

La hora final de Castro

Soy de los pocos españoles que no ha viajado a Cuba. Cuando iba a realizar el viaje hace once años, se publicó *La hora final de Castro*, del argentino radicado en Estados Unidos **Andrés Oppenheimer**, quien había obtenido el premio Pulitzer por una investigación en equipo sobre el escándalo Iran-Contras. El año pasado, Oppenheimer se alzó con el Premio Iberoamericano de Periodismo Rey de España por una investigación, luego recogida en el libro *Ojos vendados*, sobre corruptores y corrompidos en Latinoamérica.

Pues bien, el volumen del argentino sobre **Castro** novelaba periodísticamente la agonía de un régimen tras el derrumbe de la Unión Soviética y lo que se consideraba actuaciones desesperadas en un país en derribo. El fusilamiento, en 1989, del coronel **Antonio Tony de La Guardia** y del general de división **Arnaldo Ochoa**, dos figuras imprescindibles para entender parte de la revolución cubana, había conmocionado el panorama internacional.

La trama desvelada por Oppenheimer demostraba la financiación del régimen cubano mediante el narcotráfico a gran escala. Todo hacía presagiar que el fidelismo se iba al garete, hasta el punto de que el propio Fidel reconocía a fines de 1991 estar viviendo «el periodo más difícil en la historia de Cuba». Había una sensación de desastre en la cúpula del partido comunista cubano y todavía once años después parece imposible que el régimen perdurara en manos de un otario que ha ido malquistándose las simpatías, más sentimentales que racionales, de una izquierda que se ha ido desprendiendo con dolor de los viejos harapos de la utopía del 68.

Había en quienes defendían el régimen cubano y denostaban los regímenes autoritarios de derechas una contradicción que se solía solventar con el tópico, cierto en ese momento, de la

Esta simpatía sentimental y la apertura al turismo y al dólar permitieron sobrevivir a una dictadura que surgió de una revolución

excelente sanidad, el índice de alfabetización y la ausencia de mortalidad infantil en la isla, frente a los regímenes liberales de Centroamérica y la profunda injusticia social en la que sobrevivían amplias capas de la población. Esa simpatía sentimental y la apertura al turismo y al dólar permitieron sobrevivir a una dictadura que surgió de una revolución que quería eliminar de Cuba el estigma de lupanar de Estados Unidos para convertirse 44 años después en el lupanar de Europa. ¿Por qué ha elegido Castro los fastos de la victoria anglo-norteamericana contra su estimado **Sadam Husein** para encarcelar a decenas de opositores y fusilar a tres ciudadanos que solamente utilizaron su derecho a salir de su país? ¿Para medirse con el recién proclamado amo del universo, el belicoso **Bush**? Quizás su amigo **Gabriel García Márquez** que radiografió la figura de un dictador latinoamericano en *El otoño del Patriarca* podría tener las respuestas y no las aproximaciones que se escriben sobre una decisión que parece ir más encaminada a la ensoñación del martirio a manos del capitalismo internacional que a la imposible consolidación de su régimen, sucesivamente amurallado ante el presunto peligro que representa la *gusanera* de Miami.

Es impensable que Castro abandone voluntariamente el poder, como lo es que llegue a ser traicionado por la trama de corrupción que durante decenios ha ido extendiendo por la isla. Cuando se detuvo al general **Pinochet** en Londres por orden del juez **Baltasar Garzón**, **Fidel** se encontraba en la Cumbre Iberoamericana de Lisboa y fue la primera voz que se alzó contra la legalidad de la detención. Era indudable que estaba poniendo las barbas a remojar, pero no precisaba hacerlo con la sangre de tres compatriotas que para ser libres optaron por el delito de secuestro. Ahora sí, puede que Castro se encuentre en su hora postrera.

Es impensable que Castro abandone voluntariamente el poder, como lo es que llegue a ser traicionado por la trama corrupta que ha establecido

XIM

PRESTA ATENCIÓN AL TIEMPO, A VER SI CUELGO EN EL PERCHERO LA TÚNICA DE PENITENTE O EL CUUBASQUERO...

